

FOTOGRAFIA IMPERIO

HERNANDEZ HERMANOS

Relacionada con los grandes estudios fotográficos de Estados Unidos, Inglaterra, Francia y España.—Posee TODAS LAS NOVEDADES en el ramo.
Estilos variadísimos, fotografías en color, siluetas, caricaturas y fantasías.

Pronto montará su Estudio en su

NUEVO LOCAL,

edificio de dos pisos que está para construirse

NADIE PAGA LOS TRABAJOS SINO CUANDO ESTA SATISFECHO DE ELLOS

SAN JOSE, COSTA RICA

Calle de la Estación, 50 varas antes del Parque Morazán

turno, Urano, Neptuno y quizá otros, hoy desconocidos. De la familia del Sol son otros cuerpos celestes que pudiéramos llamar sus nietos; tal es la Luna, hija de la Tierra; Dimo y Fobo, que lo son de Marte, y muchos más. Los planetas son los hijos del Sol y los satélites sus nietos.

El Sol es el patriarca poderoso de una numerosa tribu de astros resplandecientes, opacos en sí pero que él hace brillar, que, como una caravana misteriosa, viaja por el desierto infinito del Cielo. ¿A dónde se dirigen? En los tiempos presentes, van en la dirección de una lejana agrupación de soles denominada la constelación de la Lira. De allí continuará su marcha por regiones que apenas el espejismo de la imaginación puede concebir.

El vivificante astro, padre de nuestro globo, es hoy un poco conocido gracias al telescopio y al análisis espectral. Sabemos que dista de la Tierra 29,600,000 leguas; por término medio, pues tal distancia varía en las diferentes épocas del año, a causa de que la órbita que ella recorre no es circular, sino elíptica; un telegrama nos vendría desde una oficina solar, en poco más de ocho minutos, pero hay que tener en cuenta que la chispa eléctrica daría ocho veces la vuelta al ecuador terrestre en un segundo.

Su volumen es enorme, casi inconcebible. Me valdré de una comparación: si en el plato de una balanza se

pusiera el Sol, habría que colocar en el otro 1.250,000 Tierras, para establecer el equilibrio.

En el Sol hay hierro, níquel, cobre, cal, soda, potasa, hidrógeno, etc., pero no se encuentran plomo, estaño, mercurio, plata ni oro. Infeliz morada, por cierto, para usureros, avaros y demás adoradores del histórico becerro.

Sin el Sol, los hombres, el mundo de los animales, el de las plantas, el de lo infinitamente grande y el de lo infinitamente pequeño, equivaldrían a un imposible; la familia solar—en caso de existir—sería una banda de fantasmas en una noche oscura, negros, rebeldes, desordenados e inútiles.

Con el Sol, el universo se alegra; la vida se enseñoorea en los planetas y satélites; éstos aparecen como hermosos mancebos coronados de luz, que cantan en las soledades del Cielo el armonioso himno que escuchó Pitágoras, conmovido del amor de la Naturaleza; el Hombre se vigoriza, se levanta altivo, cuasi-divino, siente los anhelos supremos de la gloria y las ráfagas sublimes de la inspiración.

Por eso Plinio, bañándose en los rayos de un sol primaveral, anunció este primoroso concepto: «Cœli tristitiam discutit Sol, et humani nubila animi serenat».

JOAQUÍN ANTONIO URIBE

(Colombia, Medellín, abril de 1919).

Amado Nervo

CON Amado Nervo desaparece una figura representativa de las letras de habla española. Cuando, hará cosa de un año, se fué de Madrid, primeramente a México, su patria, desde donde hubo de pasar, con una alta representación, a las tierras del Plata, no quería despedirse más que con un «has-

ta la vuelta»; pero quizá él mismo, aunque dejó puesta su casa, no confiaba del todo en volver. Mentalmente, no dejaría nunca de añadir aquel «si Dios quiere» de algún libro suyo. Y Dios no ha querido.

Los que le trataron en Madrid, muchos, sin duda, pero cuán pocos ínti-

mamente, no es fácil que le olviden. Para la generalidad es el hombre de espíritu cultivado y de palabra abundante, sugestiva, enamorada de un concepto que va trabajando, puliendo, retocando hasta que lo deja luciente por todas sus facetas; el que hacía de la conversación obra de arte. Para los menos es, ante todo, y sin merma de aquella otra cualidad, un varón reflexivo, preocupado con las cosas de ultramundo.

Ya dijo él que si miraba con telescopio a las estrellas su imaginación se perdía más lejos. En la época madrileña de su vida—los últimos años—este retraimiento se acentuó. Pero ¿no hay en todos sus libros, desde los primeros, esas escapatorias ideales, esas huídas del mundo de las formas, que tan bello se apareció también a sus ojos, en otro tiempo, con encantos nunca totalmente desvanecidos para él?

Ya en sus primeros versos, coleccionados en las *Perlas negras*, de 1898, oye, en un rumor familiar,

...la voz de un espíritu que pasa
agitando sus alas en la sombra.

O en otros, más antiguos sin duda, que incorporó en los *Poemas* de 1901, el llamamiento de lo infinito:

¡Pobre espíritu que avanza
con su galera por los
océanos, hacia un Dios
y un ribazo que no alcanza!

Ese impulso hacia lo eterno, esa atracción de lo desconocido, laten aun en sus más sensualmente refinadas poesías: en las de *El Exodo y las Flores del Camino*, o en *Las Místicas* de religiosidad exaltada por la sugestión de la liturgia, con sus esplendores formales y trascendentales.

Y desasido estoy de toda cosa,

declaraba al final de aquel libro por el que desfilan todas las sensaciones que un mundo desconocido, multiforme, con una maravilla a cada vuelta del sendero, puede ofrecer a un hombre, mozo aún, que ve delante de sí lo que mucho tiempo soñó de lejos; y, en sus momentos de concentración religiosa, iba a refugiarse, como los místicos, en la llaga divina:

¡Hoy bendigo a Jesús en la tormenta,
hoy su roto costado es mi sangrienta
guardia, en lo infinito de mi noche!

En estas y en otras palabras de análogo sentido se ha de ver el hilo conductor, el camino de Santiago, que, pasando a través de tantos libros suyos de índole diversa, va enlazándolos todos con los últimos, esos libros llamados *Serenidad*, *Elevación*, *Plenitud*, que son, casi por entero, «a lo divino»; pero no ya a la manera que podríamos